

**CUBA
INDEPENDIENTE**

Enrique Collazo

5

Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1981

JOSÉ MARTÍ

El malestar que se sentía en el país había repercutido en el extranjero, y la idea, que parecía muerta ya, empezaba a tomar cuerpo en el Club de los Independientes a cuyo frente estaba Juan Fraga, iniciábase, aunque lentamente, una nueva vida para el Club, y aumentaban sus socios; los emigrados que desde Key West habían cambiado su residencia por Tampa, se agrupaban de nuevo, y en Key West renacía la idea revolucionaria y aumentaba el entusiasmo. Llamado Martí a Tampa, habla y comienza a congregarse dispersos; acude a la cita que desde Key West le hacen algunos jóvenes, entre ellos Gualterio García, y es acogido con entusiasmo. Comienza a surgir la idea del Partido Revolucionario Cubano, que va a formar el nuevo apóstol. En Nueva York habla Martí en el Club de los Independientes, da nueva vida a la idea y pronto inaugúrase una era de trabajos preliminares para la gran empresa.

Constitúyense los clubs revolucionarios y se dan a la luz las bases del nuevo partido, siendo aprobadas por todas las emigraciones, sobre las cuales en poco tiempo había adquirido Martí gran ascendente.

Las bases propuestas por la emigración de Key West y aceptadas por todas las emigraciones son las siguientes:

Artículo 1º El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2º El Partido Revolucionario Cubano, no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar de acuerdo con cuantos elementos vivos y

honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada a asegurar la paz y el trabajo en la Isla de Cuba

Artículo 3º El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y alegará sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de formar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos, y de cumplir en la vida histórica del Continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4º El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y leal de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5º El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, sagaz y cordial que desde sus trabajos de preparación y en cada uno de ellos vaya disponiéndose para salvarse de los peligros externos e internos que la amenacen y sustituir el desorden económico en que agoniza con un sistema de Hacienda pública que abra al país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 6º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 7º El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta, durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto, aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

El Partido Revolucionario Cubano, tiene por propósitos concretos los siguientes:

1º Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

2º Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al

triumfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

3º Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la Revolución y congregar a los habitantes de la Isla, en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en peligro las vidas cubanas.

4º Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

5º Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la nueva república indispensable al equilibrio americano.

6º El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme a los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo forman.

Con entusiasmo y rapidez surgió el nuevo partido con una organización completa; en todas partes se crean clubes regidos por los cuerpos de consejo de las localidades; se empiezan a organizar colectas, se establece una contribución fija y se nombran los que han de dirigirlo, siendo electos: delegado, José Martí; tesorero, Benjamín Guerra y secretario, Gonzalo de Quesada.

Tan rápida e imprevista fue la organización que en los primeros momentos se le dio poca importancia al hecho, juzgándolo la mayoría como un acto manifiesto de locura.

Martí se multiplica, a todas partes acude y su palabra fácil gana sectarios y voluntades que le obedecían ciegamente, y sin preguntar el uso de los fondos ni la índole de los trabajos. El hombre personificaba la empresa, y la confianza en él puesta por la emigración era ilimitada.

Salen Gerardo Castellano y otros a recorrer la Isla, llevando la buena nueva y a explorar los ánlmos.

Los primeros resultados fueron poco satisfactorios: había algunos elementos dispuestos; pero exigían se pusieran al frente jefes de la pasada Revolución, especialmente Máximo Gómez, o en algunos puntos Maceo; entre el elemento revolucionario que había quedado en la Isla, Martí era poco conocido y poco simpático por sus antecedentes, juzgándosele mal; se sabía que con edad suficiente y maltratado por el Gobierno español, al salir de presidio, se había ido a México en lugar de tomar parte en la Guerra de los Diez Años; su actitud en Madrid en esa época era poco conocida; sus trabajos en La Habana en el año 1880 dieron poco resultado, y los fracasos an-

teriores en Nueva York le habían dado poca notoriedad; su conducta con los generales Gómez y Maceo en Nueva York en el año 1884, y su retirada de ese movimiento en los momentos en que la realizó, lo hacían poco simpático para los jefes de la Revolución de 1868.

Él, por su parte, tenía contra ese elemento sus prevenciones, y los juicios que hizo en su trato con ellos, le obligaron a pensar que debía dejarlos a un lado.

Con Roloff y Serafín Sánchez se puso de acuerdo en Key West, y en Oriente con los hermanos Sartorius, Ángel Guerra, Miró y otros a quienes la impaciencia y la falta de práctica, precipitaba, y sin base alguna, querían adelantar los sucesos.

Era Martí un hombre notable y de condiciones excepcionales y poco comunes, tenía alientos para concluir como loco o como héroe y terminó mejor que como él había soñado: como héroe y soldado, cayendo en medio del combate, en el fragor de la pelea y con el ruido que sirve de salva a los héroes y a los buenos. Su apoteosis la harán los cubanos más tarde, conservando su efigie y su memoria entre sus grandes hombres. Cuando todos desmayaban Martí levantó de nuevo el pabellón; de un grupo de cubanos dispersos en la emigración creó un pueblo entusiasta, y dio vida a la nueva Revolución que debiera llevar a la práctica el general Máximo Gómez.

Era Martí pequeño de cuerpo, delgado; tenía en su ser encarnado el movimiento; era vario y grande su talento, veía pronto y alcanzaba mucho su cerebro; fino por temperamento, luchador inteligente y tenaz, que había viajado mucho, conocía el mundo y los hombres; siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás, apoyo del débil, maestro del ignorante, protector y padre generoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó su democracia hasta el límite; dominaba su carácter de tal modo que sus sentimientos y sus hechos estaban muchas veces en contraposición; apóstol de la redención de la patria logró su objeto.

Al terminar el año 1892 el Partido Revolucionario y la propaganda de Martí habían adquirido fuerza tal que puso en cuidado al Gobierno español. Ya en Key West, en sus primeros discursos, había puesto Martí de manifiesto su política y sus propósitos; para todas las clases sociales de Cuba estuvo atrayente y benévolo; sólo para el elemento de la guerra anterior, juzgando con ligereza y apasionamiento, estuvo agresivo y duro; y su pensamiento lo condensó en la frase: «Los pinos nuevos y los pinos viejos.»

A consecuencia de ese discurso escribió Collazo a Martí una carta rechazando lo injusto del cargo y rebatiendo sus argumentos con dureza; el incidente, que tomó carácter personal, terminó en los preliminares.

Así como en el extranjero el desarrollo de la Revolución había sido sorprendente y rápido, en el interior de la Isla era lento y poco efectivo, pues el elemento que se movía inspiraba poca confianza; de Holguín había salido Ángel Guerra, comisionado por los que allí conspiraban y se había visto con Martí en Cayo Hueso, las impacencias de aquél y el carácter de Martí hicieron esta unión poco efectiva, y Guerra tuvo que irse a Sur América desesperanzado y desacreditado.

En las Villas, emisarios dirigidos por Serafín Sánchez, recorrían el territorio con poco éxito, produciendo excitación, pero ningún trabajo práctico; en el Camagüey había tenido poca resonancia y en la parte occidental no existía casi nada real, fuera de un pequeño grupo que por iniciativa propia había empezado a trabajar en Matanzas y Jagüey Grande.

A fines del año 1893, hizo Martí un viaje a Santo Domingo, y puesto de acuerdo con Gómez, publicó una carta de éste dando su conformidad al movimiento; desde ese momento el antiguo elemento revolucionario empezó a tener fe.

Reunidos en el hotel Roma, Pedro Betancourt, Domínguez, Joaquín Pedroso, Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo, resolvieron mandar al primero a Nueva York para que se avistase con Martí, darle aviso de lo hecho en Matanzas y obtener recursos para darle mayor impulso, a la vez que entrar en el movimiento general que se iniciaba bajo una nueva faz.

Betancourt volvió de su comisión, con ofertas de Martí y con instrucciones para aquel grupo que desde entonces entraba en el concierto general, y reanudó sus trabajos de acuerdo con el doctor Marrero que los efectuaba en Jagüey Grande.

La labor revolucionaria iba tomando incremento y Martí la explotaba; su falta de conocimiento real de las cosas, las noticias exageradas de los exaltados y el deseo y malestar general, dieron lugar a la intentona de los hermanos Sartorius en Purnio, Holguín, a quienes un falso aviso remitido desde Sancti-Spíritus por un emisario de Martí, precipitó un fracaso inútil y que por fortuna fue poco sangriento.

Los informes exagerados y las impacencias de Zayas y la gente de Cienfuegos, hicieron a Martí mandar a Esquerra y dos comisionados más a Cruces, donde se agitaba una masa de gente dispuesta, y se decía era indispensable el alzamiento; efectuado éste por Zayas, murió al nacer falto de recursos y de vida.

Estos ensayos y fracasos, y la poca importancia de los movimientos, así como la falta de correspondencia en otros puntos de la Isla, convencían al Gobierno español de la impotencia y escasez de recursos del elemento revolucionario, envalentonándolo para seguir el camino de la explotación del país, que veía completamente sojuzgado y muerto.

El Partido Liberal se creía dueño de la opinión cubana, y esos fracasos los atribuía a su gestión españolizante, queriendo que el Gobierno los tomara como servicios suyos y diera al país alguna migaja de libertad y justicia.

Martí, que apoyaba estas intentonas, hijas de la poca experiencia, negaba luego de haber tenido participación en ellas, y fueron sirviendo de provechosa lección para lo sucesivo, moderando a los impacientes y a los exaltados.

Entre los liberales cada fracaso era un consuelo, pues le parecía una garantía de su futuro predominio y de futuras influencias con el Gobierno español.

Martí supo aprovechar estas circunstancias para no despertar las sospechas en la Isla; a la vez que conservar la fe en las emigraciones, en las que cada fracaso hacía despertar mayor entusiasmo y deseo.

El Gobierno español hacía inconscientemente todo lo que podía para ayudarlo con su política torpe, a la que como siempre cegaba la avaricia, teniendo por consecuencia la corrupción tanto en la justicia como en la administración; haciendo sentir su peso abrumador sobre el pueblo cubano, agravando la situación y el malestar económico del país, matando la industria azucarera, destruyendo la del tabaco, que, a pesar de su gran vitalidad y riqueza, se arruinaba en manos de la Administración.

El Partido Liberal única agrupación cubana que hubiera podido ejercer alguna influencia sobre el Gobierno español, era mirado por éste con desconfianza y hasta con desprecio, a pesar de sus continuas protestas de españolismo y sus repetidas pruebas de fidelidad y sumisión a los poderes metropolitanos. Inflúan en esto la conducta de sus hombres, la ambigüedad de sus declaraciones, la timidez con que procedía ante los abusos de las autoridades, la pasividad con que toleraba la ultrajante omnipotencia del partido llamado español; cosas todas que lo incapacitaban para todo empeño grande y generoso. Así veía agonizar su personalidad a pesar de sus esfuerzos por vivir, sin conseguir que lo comprara no obstante sus ardientes deseos de venderse. Los celos que inspiraba al gobierno lo desconcertaban cada vez que intentaba realizar algo en favor del país.

Componía la Junta Central del Partido Liberal un grupo de hombres inteligentes e ilustrados, pero en su mayoría sin capital. Necesitaban por consiguiente vivir del Gobierno, y sacaban de éste lo que podían, sin perder su carácter de antigubernamentales. Los que poseían alguna fortuna solicitaban cargos gratuitos que halagaban su vanidad.

A pesar de su talento, aquellos hombres cometieron un error muy grave; para hacer sus ideas y su conducta más simpáticas al país se fingían cubanos de corazón, y tanto como el Gobierno español se lo permitía, señalaban los errores de la Metrópoli; empleaban en

sus discursos frases ambiguas que exaltaban el entusiasmo de las masas inconscientes. Pretendían enseñar al pueblo cubano el camino que ya había recorrido y franqueado la Revolución de 1868. En sus reuniones públicas usaban los colores cubanos, y cada vez que querían obtener un aplauso de sus oyentes, fingían un arranque revolucionario. Creían al país tan postrado, que no concebían la Revolución, y esa política de engaño para con los españoles y de doblez para con los cubanos les permitía medrar entre los primeros y hacerse populares entre los segundos.

Sin darse cuenta de ello y contra su voluntad, fueron auxiliares eficaces de una Revolución que odiaban y temían y que más tarde había de conducirlos a la triste y desairada situación en que se vieron. Mal vistos por los cubanos y por los españoles, fueron, ante los primeros, responsables de la sangre cubana derramada desde noviembre de 1898 en que se presentaron a servir de juguete al Gobierno español, aceptando la irrisoria autonomía con que aquél creía eludir parte de la responsabilidad de sus crímenes cometidos en Cuba; y ante los segundos, porque con sus engaños y falsas promesas no hicieron otra cosa que prolongar la lucha estérilmente, haciendo mayor y más inevitable la catástrofe final y la ruina del poder colonial de España.

Mientras que en el extranjero, las emigraciones adquirían fuerza y cohesión, el descontento y la incertidumbre aumentaban el malestar de los cubanos en la Isla. La lucha provocada por las raquíticas Reformas de Maura y su fracaso, había convencido al pueblo de que nada debía esperarse ya de España. La deuda abrumadora cuyos intereses pagaba Cuba exclusivamente, la situación creada por la inoportuna y disparatada recogida del billete del Banco Español de la Habana, los enormes fraudes que se cometían en todos los ramos de la Administración Pública, determinaban un malestar y una creciente miseria que debían ser poco tranquilizadores para los habitantes de la Isla.

A principios del año 1894, el general Máximo Gómez, llamado por Martí, abandonaba su residencia de Montecristi, Santo Domingo, para conferenciar en Nueva York. En abril del mismo año, y ya de acuerdo ambos personajes, se ponía el general Gómez al frente de los trabajos militares de la conspiración; poniéndose en comunicación con los jefes de la pasada guerra, que deberían iniciar en sus respectivas localidades el movimiento a su debido tiempo.

Los generales Roloff y Serafín Sánchez, desde Key West se entendían con los hombres de Las Villas. Maceo y Flor Crombet, desde Costa Rica se ponían al habla con la gente de Oriente. En Santiago de Cuba, mandado por Martí, se hallaba Rafael Portuondo; y el general Gómez se comunicaría oportunamente con Masó y Guillermo Moncada. Holguín y Tunas se entendían con los jefes de Bayamo y

Manzanillo. En Camagüey se establecían comunicaciones con Salvador Cisneros, Emilio Luaces y Enrique Mola.

Las órdenes que se publican a continuación fueron traídas a La Habana en el mes de mayo de 1894 por Charles Hernández, quien portaba también las de Puerto Príncipe que fueron llevadas a este punto y entregadas personalmente por José María Treviño que retornó a La Habana con las precauciones que eran del caso.

Dicen así esos documentos:

«Central Valley», Abril 12 de 1894.

Sr. Enrique Collazo.

Mi querido Enrique: Mi silencio de tan largo tiempo hasta ahora, y que tal vez a raíz de tanta labor revolucionaria, no tuviere explicación satisfactoria para tí, no lo dudes, era intencional. Tu me conoces y sabes que yo se ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar a Martí que él sin obstáculos ni estorbos realizara la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro, para salvar a Cuba. A mi entender este trabajo está ya terminado, y urge que entremos en el terreno de los hechos positivos.

Así, pues, Enrique, la Revolución (y ésta es mi opinión) cuenta con dos hombres en primer término para Occidente, de los que se encuentran en esas comarcas, que son tú y Carrillo.

Está P...¹ pero como yo conozco su carácter exaltado, sería expuesto para él mismo decirle una palabra la víspera, y no debes, pues, sino comunicarte en absoluto con Carrillo. Pocas palabras. Arreglen y combinen todo lo que puedan.

Si necesitan armas pídelas o mándalas a buscar pues como ustedes son los que deben asumir la responsabilidad de la introducción, es a quienes toca estudiar y prever todo para ese caso. O si tu crees que puedes conseguir algunas ahí mismo, aunque costasen más caro, hazlo porque de ese modo queda más garantizada su seguridad. Tu avisarás de la suma que necesites y del modo o conducto de hacerla llegar a tus manos.

Oye bien, pues este es lo más importante. De ningún modo deben ustedes mover una paja en Occidente, mientras los fuegos del Centro y del Oriente, que yo mismo personalmente pienso dirigir, no les quite mucho enemigo de encima. Pero ¿cómo nos salvaremos del peligro personal que conocemos, por más quietos que nos propongamos estar con esa situación encima? De un modo sencillísimo: como en tu plan y organización debe estar

¹ José María Aguirre.

previamente previsto ese caso, debes tener preparados tres ó cuatro hombres de confianza, bien armados, para que en el momento dado, se oculten en el campo, aunque para ello tengas que unirte a Manuel García. Esa situación de espera, que bien entiendo te sería angustiosa, debe ser poco duradera y el estado de la comarca hará conocer la hora o el momento de hacer sentir tu presencia en el campo. Tomada esa actitud, ya lo demás tu sabes como se hace; mucho daño al enemigo procurando recibir el menos posible.

En cuanto a los métodos y modos, ni una palabra tengo que decirte: conozco muy a fondo tu honradez y pundonor, para que puedas tolerarte ningún acto que quite honra y prestigio a la Revolución y manche nuestro nombre.

A otra cosa: un día, no lo olvidaré jamás, en horas tristísimas de mi vida, me tendiste tu mano amiga, hoy sé que estás más pobre que entonces, allá pues te mando \$400. Tu familia, cuando quieras y de un modo hábil para que su salida no te haga sospechoso, haz si quieres, que se traslade a Cayo Hueso, pues allí habrá órdenes y medios de atenderla.

Y cerrando ésta con un abrazo, te quiere tu viejo General.

M. Gómez.

Necesito que me acuses recibo de ésta carta. Cambia la letra y firma «Aguas Verdes». Serafín Sánchez en Cayo Hueso es buen conducto.

Yo estoy muy vijillado fuera.

Gómez.

Sr. Enrique Collazo.

Mi muy estimado amigo: con alegría grande, cumplo hoy por medio de la carta adjunta, los avisos que de tiempo en tiempo, he enviado a ustedes en estricto acuerdo, con el desarrollo del plan; seguro a la vez que, vigilante de sucesos que sabía yo bien que a la hora precisa, la de la acción cercana, sin demasiada preparación posible, habían de pasar por sus manos. De mi particular gusto en ello, y aun diré que de mi parte en ello, usted tiene ya pruebas bastantes, aunque no llegue tal vez a entender todo el afecto y especial cariño conque veo ésta por principal puesta en usted. «Yo le diré que usted es como nosotros» me dijo una vez el General Gómez hablando sobre usted. Usted lo ha sentido ya y vé en mi un hermano.

Cuanto dijese sobre otras cosas sería redundante; y va explicado en la carta adjunta, escrita de acuerdo con la Delegación

y por esta suscrita y confirmada. Debo sólo regocijarme de que sea usted hoy, ya la certeza de ese sistema de prudencia, concordia y división de trabajo conque en tan breve tiempo hemos llegado de tan poco a tanto.

Tenía usted razón por los engaños y cobardías de la época pasada, en temer que yo en mi humilde parte, no fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas, ambicioso y sin riñón: ó que era yo víctima del patriotismo inactivo y de miedos literarios, a la obra fecunda y sana que hay que hacer. Pero vea ahora la fuerza y terminará conque se unen sin un solo embozo, ni semilla de separación futura, los elementos necesarios y que a usted mismo pudieran parecer opuestos de la Revolución.

Ni en espíritu, ni en detalle me separo un ápice del vigor y la nobleza del General Gómez. Así le envié a decir al anunciante, para calmar su duda natural la situación próxima que hoy le va la prueba. Con la fuerza de lo hecho puedo asegurarle que me empleo ahora mismo cuidando, por la Isla y el mismo respeto a las vidas en ella que he demostrado hasta hoy. Sigo viaje a cubrir mi trabajo verdadero, y hacer de camino parte de él. Pero antes voy al Cayo a esperar respuesta de usted, que me puede ir por el portador de ésta y aguardo con la natural impaciencia.

Por otra mano remití a usted los 400 pesos que le anuncia el General y aquí incluyo orden al portador por 75 pesos para que sin el peligro a que estaría hoy expuesta cualquier comunicación mía, por portador al Camagüey envíe usted por mano en primera vía, esa carta del General y mía al Marqués. Aquí he aguardado hasta dar con hombre totalmente seguro. Pero esto no tiene razón natural para seguir al Príncipe. Usted escogerá allí bien su mensajero.

Para mayor tranquilidad de usted y para el éxito de sus labores debo decir a usted que de ningún modo intervendré; ni en cosas de acción, armas etc. me he permitido intervención anterior en la organización que ahí desea usted darse. Las personas todas que a mi hayan venido, recibirán recado de ponerse a las órdenes de usted y sólo daré ese recado a gente de toda seguridad. De Matanzas D. y B.² piden sin cesar armas, sin que hasta hoy vea yo modo cierto de su arribo, ni creo deba obrar en esto aparte de usted, lo cual les dirá usted que los conoce, si le parece bien decírselo por que yo no usaré con ellos el nombre de usted si usted no me autoriza. Usted está ahí y usted conoce mejor los peligros que hay que obviar. Pero desearía respuesta sobre lo de Matanzas, o que usted los acalle para

² Domínguez y Betancourt.

que no crean desden o debilidad lo que no es más que orden y disciplina. Deseo también su autoridad para hablar de usted a J. G. G.³

Para el miércoles próximo de la entrante semana habré llegado al Cayo y allí desearia hallar respuesta de usted al General y a mí, para seguir viaje. Solo me queda espacio para felicitarlo con calor por su publicación última que tan eficazmente contribuye a echar por tierra en el instante de la arremetida, al único enemigo que verdaderamente tiene la felicidad de nuestra patria, la soberbia incapaz de esos hombres tímidos.

Aguarda impaciente y cariñoso noticias de usted su amigo.

José Martí.

En vista de éstas órdenes se avisó a Francisco Carrillo que estaba en Remedios y vino a La Habana. Reunidos éste, José María Aguirre y Enrique Collazo se pusieron de acuerdo para dar cumplimiento a las órdenes recibidas y activar los trabajos preliminares del ya próximo alzamiento.

Por conducto de Eduardo H. Gato, de Key West, se recibieron dos mil pesos oro americano, que fueron repartidos en tres partes iguales y cada cual marchó a su puesto, retornando Carrillo inmediatamente a Remedios, debiendo Aguirre trabajar en Matanzas y Enrique Collazo en La Habana y Vuelta-Abajo.

Puestos de acuerdo con Juan Gualberto Gómez y Pedro Betancourt, se empezó a activar la compra de armas y municiones, empleándose en Matanzas a López Coloma y los Acebedo que debían entenderse con el doctor Martín Marrero; Aguirre hizo dos viajes a Cienfuegos para preparar el terreno, y se prosiguieron los trabajos en La Habana y Vuelta-Abajo; mandando emisarios a Pinar del Río, Viñales, Bahía Honda y Cabañas, donde había elementos dispuestos a concurrir a la obra general.

La situación era tan transparente que en todas partes se hablaba del movimiento próximo, se hacían las cosas tan a las claras que no parecía lógico suponer que fuera cierto, la policía perseguía a los más señalados pero, en vano, pues no encontraba rastro alguno, no había reuniones, ni juntas, ni lista que denunciara, varias veces el general Calleja intentó hacer algunas prisiones, pero no encontraba ningún hecho real en que basarlas.

No había en La Habana ninguna persona de posición que juzgara la cosa con seriedad, y los que tenían que hacerlo eran, acogidos con burla o menosprecio, tomándolos como locos o especuladores que explotaban la idea como medio de vivir.

³ Juan Gualberto Gómez

Con objeto de poner en conocimiento de la Junta Central del Partido Autonomista, para cumplir las órdenes del general Gómez, para propagar y ultimar la Revolución en La Habana que la Revolución se efectuaría con o sin el concurso del Partido Autonomista, que el objeto no era comprometerlos ni exigir su concurso, que únicamente, y atendiendo a su condición de cubanos, se pretendía que acto de tanta transcendencia, no se verificase sin su conocimiento. Que si estaban conformes se les tendría al tanto de los progresos de la Revolución para que ellos acentuando su política, y aprovechando los continuos atropellos del Gobierno español, buscaran el medio de que los encontraran disueltos, ayudando así indirectamente a la Revolución y salvando ellos una situación difícil.

Aplazada la contestación para ocho días más tarde, la dio Govín afirmativa, y el periódico **El País** en esos días, en su sesión de fondo, aprovechando la destitución del Alcalde de Cartagena, se expresaba en los términos convenidos.

Se creyó que podíamos marchar de acuerdo, lo que hubiera sido ventaja grande para el país y para los autonomistas; pero por desgracia no fue así. En los editoriales siguientes de **El País** se acentuó de manera clara y terminante su política contraria, dejando ver no sólo que no permanecerían neutrales, sino que harían a la Revolución una guerra dura y activa.

Aclarada la situación; el periódico **La Igualdad** que dirigía Juan Gualberto Gómez y **La protesta**, abrieron la campaña contra los autonomistas, pusieron de manifiesto su cubanismo de doble y su españolismo de ocasión, sus prácticas y sus reuniones desautorizaron sus actos, haciendo ver sus falsos ídolos y poniendo en claro su política falsa e inmoral, basada en el engaño y el dolor, pues no eran ni cubanos de veras, ni españoles sinceros.

Se empezó a producir una agitación general y constante que sostenía al país en sobreexcitación perenne y no se hablaba de otra cosa que del movimiento próximo.

Disputas acaloradas, artículos incendiarios, eran la comidilla del día; revolucionarios de abolengo, combatían en el periódico y con la palabra, de manera dura, el movimiento considerado por la mayoría como locura insigne o mala fe marcada.

Realmente en la población de La Habana entre la gente de posición, la Revolución no sólo no encontró apoyo, sino manifiesta hostilidad, mientras que la juventud esperaba con ansias la señal y la gente del campo estaba a la expectativa esperando el momento, aunque con desconfianza. Mientras tanto, en el extranjero crecía el entusiasmo y aumentaba la fe en el éxito, y el hombre que la representaba para ellos era Martí; el obrero se quitaba el pan de la boca para aumentar el caudal revolucionario, sin quejas y sin preguntar su inversión ni

el camino andado. El trabajo se hacía en el mayor sigilo y casi puede decirse que sólo Martí lo conocía y a nadie daba cuenta.

En el mes de septiembre llevaba Gato a La Habana cinco mil pesos, que en la redacción de *La Igualdad* se le entregaron a Domínguez y Betancourt en presencia de Gato, Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo, dando éste último recibo a Gato; tenían por objeto activar el movimiento en Matanzas.

De acuerdo con J. G. Gómez se procedió a la compra y remisión de armas y pertrechos que se embarcaban por el ferrocarril de Bahía como efectos de ferretería.

Para Vuelta-Abajo se compraron algunos armamentos y pertrechos que se mandaron a Santiago de las Vegas, la Güira y Bahía Honda; entendiéndose con J. G. Gómez que se movía en su esfera de acción con la buena fe y talento que él sabe tener siempre.

Para mandar algunos armamentos a Camagüey, Martí aprovechó el viaje de Enrique Loynaz del Castillo a Nueva York.

Loynaz llegó a Camagüey con sus armas y parque felizmente; pero las personas de quienes se confiara para su desembarco, unos por impericia, otros por miedo y otros por mala fe, se unieron para perder aquel armamento ya salvado; la alarma que produjo este hecho fue grande; era la primera manifestación real de la tormenta próxima; la traición y el odio a la Revolución se encubrió con el deseo de salvar a Loynaz, el que después de muchas peripecias y disgustos logró escapar al extranjero.

La opinión en Camagüey estaba perfectamente dividida y definida, la juventud, como en todas partes, esperaba la señal con impaciencia; pero los sabios de la localidad, algunos poseedores de vacas, y los dueños de los dos ingenios de la provincia veían la Revolución como un crimen para el cual no había castigo suficiente.

Alarmados ya a fines de agosto y con pretexto de acabar con el bandolerismo vinieron Fabio Freire y Antonio Aguilera a La Habana para obtener del Capitán General, que reforzase aquellas guarniciones con objeto de amilanar al pueblo y matar en germen la Revolución que suponía en estado naciente, haciendo que se recogieran los armamentos que el general Gasco había dado anteriormente para la persecución de los bandoleros.

La excitación en Occidente era grande y creciente; la tranquila Vuelta-Abajo, el antiguo continente negro, quería borrar su pasado, como lo ha hecho, llegando en el sufrimiento hasta el límite del desinterés y la abnegación y en valor hasta el heroísmo épico.

En Oriente el fuego era latente, pero seguro y en calma; era donde se sentían menos impacencias y con tranquila resolución se esperaba la orden, Las villas reflejaba el estado de Oriente, y en Matanzas, como conspiradores noveles, mostraban una impaciencia e imprevisión capaces de echar a rodar por completo todo lo edificado.

La situación para el Gobierno español, era crítica y difícil. Se presentía la Revolución, pero no había una causa real que justificara medidas de rigor; los trabajos no pasaban en apariencia de meras habladurías y conversaciones de café.

Los robos de la administración puestos en claro, con escándalo por el general Salamanca, la falta de crédito, las torpezas cometidas al hacer los tratados internacionales que mataron la industria del azúcar y el tabaco, y la crisis monetaria como última gota, pusieron tan de manifiesto la necesidad de traer algo nuevo que sirviera de consuelo o de esperanza a aquel pueblo rico hasta entonces y que no veían más porvenir que la miseria, que se habían lanzado al viento. Las Reformas de Maura que en realidad no eran más que una farsa que nada bueno ni útil podían traer, pero sin embargo trajeron dos cosas: halagó a los liberales que querían hacer creer que eran ventajas obtenidas por ellos, y fraccionaron a los españoles en reformistas y conservadores.

Verdaderamente las reformas hubieran sido un juguete que hubiera engañado un poco más las esperanzas de los cubanos, y hubieran retardado la Revolución, pero como España, o mejor dicho sus gobiernos han estado siempre a gran distancia de la lógica, disputaron a los cubanos esas migajas de libertad, y con sus escarceos lograron aumentar el número de los descontentos y dar mayor fuerza al elemento revolucionario.

Transcuría el tiempo, crecía la excitación y casi se fijaba la época del movimiento, estábamos en octubre y los de Matanzas apuraban haciendo presente que se veían en peligro y hacían presión para precipitar el movimiento; Moncada desde Cuba hacía ver lo difícil de su situación, pero decía que esperaba hasta recibir la orden.

La situación era tan transparente que el capitán general interino Arderius, reunió en junta en Palacio a jefes caracterizados como separatistas; dándoles carácter y condición social, pues con excepción de Calvar, Ramírez y Marcos García, no tenían los demás otra condición que su historia revolucionaria. Habló sobre el estado de los negocios del país, casi todos expresaron su opinión con franqueza. Juan Ramírez habló largo de asuntos generales y propios, y Marcos García después de exponer el justificado descontento del país, concluyó con estas frases: «Mi lealtad me obliga a esta franqueza; creo que realmente no hay más que dos caminos, o las reformas tan amplias como el país las necesita, o la Revolución inevitablemente.»

A la llegada del general Calleja, por invitación del general Arderius fueron los mismos llamados a Palacio y repitieron con pequeñas variantes lo dicho anteriormente a Arderius, ni una ni otra reunión dieron resultado alguno, ni fueron nada positivas, únicamente ante la opinión los separatistas ganaban la representación que el mismo Gobierno les daba.

La situación económica empeoraba, las malas zafras y la falta de mercados llevaban al país a la ruina, el remedio no se encontraba y la Revolución iba ganando terreno en los ánimos, pues unos la empleaban como amenaza poco probable, otros como ideal de sus deseos y los menos como deber ineludible.

Al empezar el mes de noviembre se creía por los conspiradores que ya no se podía esperar más tiempo sin que el Gobierno español empezara a prender a algunos de los comprometidos; de Jagüey llegaron algunos a pedir se precipitara el movimiento, los de Matanzas, capitaneados por P. Betancourt y Domínguez, apremiaban a Juan Gualberto Gómez que los contenía, y fue preciso para evitar la desconfianza que empezaba a inspirar las dilaciones anteriores, fijar como fecha improrrogable el 30 de noviembre de 1894.

Lacret salió para Santiago de Cuba llevando la noticia y la orden para el movimiento definitivo.

Los rumores que venían del Camagüey eran alarmantes, se supo que Alejandro Rodríguez había salido comisionado para Santo Domingo, a ver al general Gómez y manifestarle que el país era refractario a la Revolución, y se le pedía no emprendiese nada, asegurándose que el general no se movería si realmente el país en masa no pedía la guerra.

Por indicaciones de José María Aguirre y Enrique Collazo acababa de ser nombrado jefe de Occidente el general Julio Sanguily, y en vista de las circunstancias decidieron que saliera Enrique Collazo a ver al general Gómez, enterarlo de la verdadera situación a fin de que apresurara el movimiento, cuya demora creaba un estado insostenible, que arriesgaba el éxito de la empresa.

Los trabajos antirrevolucionarios de la gente del Camagüey hacían temer que el general Gómez dudase del éxito, y, no creyendo interpretar los deseos del país, al traer la guerra, desistiera de sus propósitos. De Manzanillo había llegado Calvar con varios amos de ingenios, pidiendo el retardo del plazo marcado del 30 de noviembre que se juzgaba prematuro.

Por otro lado, las distintas prórrogas dadas por Martí a las fechas indicadas, sembraban aquí la duda y la incertidumbre de lo que resolviera el general Gómez, marcaban un malestar profundo: la escasez de recursos y el pequeño número de armas compradas era motivo de disgusto. Al mismo tiempo se esperaba de un momento a otro que empezaran las prisiones. Se sabía que el general Calleja había consultado dos veces a Madrid para hacer algunas detenciones en La Habana y Holguín, y se habían ocultado para no declarar al país en estado de guerra y producir alarmas antes de tiempo, provocando por el pánico, el aumento de los revolucionarios. La Revolución se presagiaba, pero aún era impalpable, ninguna prueba efectiva había sido podido coger hasta entonces.

El día 15 de noviembre se embarcaba Collazo rumbo a Nueva York para que, viendo a Gómez y a Martí, pintara a ambos la verdadera situación y adelantaran el momento de la Revolución que creían imposible retardar sin ser presos, a la vez que demostrarle la necesidad de remitir dinero a Cuba donde podrían conseguir el armamento y municiones con mayor seguridad y prontitud aunque a más costo.

En Santiago de Cuba la espera era difícil a pesar de la calma y aparente actitud de Moncada, que con astucia e inteligencia sobrellevaba con éxito la situación en Manzanillo. El apresuramiento de algunos a vender sus ganados había llamado la atención. Camagüey decía claramente que era reacio a la Revolución, el Gobierno realmente fiaba en él, creyéndolo la llave del movimiento; la única entidad revolucionaria allí era el marqués de Santa Lucía; Las Villas aparentemente en calma, pero resuelta, sostenido el espíritu allí por la presencia de Seraffín Sánchez, Roloff y Carrillo. En Matanzas algunos alardes belicosos, aunque poca fuerza y entusiasmo reales. Vuelta Abajo en espera, y dispuesto para cooperar al movimiento.

Éste era el estado real de la Revolución a la salida de Collazo para los Estados Unidos. Éste pasó por Key West y Tampa, encontrando a Martí en Filadelfia donde había ido a esperar al comisionado de Cuba.

El estado de la Revolución en el exterior revestía un carácter original y especial: nadie sabía nada, eran muy pocos los que creían en ella; pero la masa obrera daba, sin preguntar, su óbolo con absoluta confianza y con fanatismo ciego por su ídolo Martí.

Collazo no conocía a Martí; su entrevista en la estación de Filadelfia fue cordial, y un abrazo leal de ambos fue la línea de conducta para lo porvenir.

Martí era un hombre ardilla; quería andar tan deprisa como su pensamiento, lo que no era posible; pero cansaba a cualquiera. Subía y bajaba escaleras como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl y sin ropa; dormía en el hotel más cercano del punto donde lo cogía el sueño; comía donde fuera mejor y más barato; ordenaba una comida como nadie; comía poco o casi nada; días enteros se pasaba con vino Mariani; conocía a los Estados Unidos y a los americanos como ningún cubano; quería agradar a todos y aparecía con todos compasivo y benévolo; tenía la manía de hacer conversaciones, así es que no le faltaban sus desengaños.

Era un hombre de gran corazón que necesitaba un rincón donde querer y donde ser querido. Tratándole se le cobraba cariño, a pesar de ser extraordinariamente absorbente.

Era la única persona que representaba la Revolución naciente; los demás eran instrumentos que él movía; Benjamín Guerra era la caja; Gonzalo de Quesada era parte de su cerebro y de su corazón; pero en realidad era su discípulo. Martí lo era todo, y ese fue su error, pues por más que se multiplicaba era imposible que lo hiciera todo

él solo. Dormía poco, comía menos y se movía mucho; y, sin embargo, el tiempo le era corto. Se puede concretar diciendo que el Pártido Revolucionario era **Martí**.

Collazo, según sus instrucciones, debía seguir a Santo Domingo para ponerse al habla con el general Gómez; pero se esperaba en esos días un mensajero que enviaba el General desde Santo Domingo. A su tiempo llegó éste con poderes amplios del general Gómez. Era el brigadier José Ma. Rodríguez. Con él vino la seguridad de que, a pesar de la llegada de Alejandro Rodríguez, comisionado de Camagüey, el General estaba dispuesto a la Revolución y que José Ma. Rodríguez estaba autorizado para determinar y representarlo en todo.

A la salida de Collazo de Cuba, se convino que por conducto de Juan Gualberto Gómez, con quien estaba en relación directa Martí, se comunicarían José Ma. Aguirre y Julio Sanguily, a quien últimamente se le había indicado al estado de la Revolución, y a quien el general Gómez había mandado el nombramiento de Jefe de Occidente, debiendo ponerse al frente del movimiento en Matanzas. A la llegada de Rodríguez y Collazo a Nueva York, nada pudieron averiguar del estado real de la conspiración, pues se concretaron a oír lo que Martí les quiso decir, que fue bien poco o nada. Respecto al dinero, menos aún; pues la caja revolucionaria era un pozo donde caía el dinero, sin que, fuera de Benjamín Guerra, nadie haya sabido el montaje de lo ingresado ni de lo que se gastaba.

En los meses de diciembre y enero se movió Martí con rapidez inusitada. De noche no dormía, sino viajaba. De Cuba las correspondencias, cada día más exigentes, apremiaban el movimiento y pedíanse recursos; especialmente las cartas de Julio Sanguily, que parecían escritas por un loco, y cuyas correspondencias no podían armonizarse con las noticias de Aguirre y Juan Gualberto Gómez, sensatas y claras.

Reservada. —Viernes. Cerro Enero 1/95.

Sr. Aguas Verdes. —Tampa.

Querido amigo y compañero: Hace dos o tres días que me dice Miguel Angel que se piensa ir mañana para Tampa. Yo le he dicho que bueno y que antes de resolver nada definitivo me vea esta noche por si recibo el **telegrama**.

Caso de que yo no reciba nada lo autorizaré para que él se vaya y él será el portador de ésta.

Es buen chico y puede uno confiarse de él para todo. La ida de él te probará que se van cansando de esperar y que sólo mi proposición es salvadora. Ahora bien, hasta para la proposición se va pasando el tiempo: **que anden pronto sino todo**

está perdido. En estos momentos se deja todo a un lado por atender la medida **salvadora**. **La medida única salvadora es la proposición**.

A lo único según me decía Nell⁴ ayer, que está sorprendido, lo mismo que Jole que no hayan aceptado ya —a que puedan poner obstáculos, es a la llegada aquí que yo exijo— del viejo, quince días después de la cosa. Eso dice Nell que yo debí indicar que ocho o diez días más no importaba. Y aquí así lo hago constar. Esta carta es para los tres, para M. Mayía y para tí y también será ya mi última, instándoles a que acepten mi proposición.

Ayer me decía Nell que no concebía que no se hubieran ustedes apresurado a aceptar con alegría eso. Además en la última de M. que hace ya tres o cuatro correos que no escribe, nos decía que le contestáramos enseguida, si queríamos esperar a mejores tiempos, o hacer la cosa enseguida como así lo esperábamos —en el correo anterior había ido mi proposición— es decir que antes de recibir su carta ya le habíamos contestado. La gente aquí se desespera cuando le contestamos: «Esperemos». La situación es insostenible. Pronto empezarán las prisiones; tengan eso en cuenta y resuelvan.

Ascuy a quien se le ha dado una porción de armas, aún no se sabe que hayan llegado a su destino. Y de Mata había de recibir más que fueron en una goleta y no estuvo a tiempo. El capitán siguió con ellas hasta San Cayetano para entregarlas con otras que llevaba a José Azcuy, y éste se resistió a recibir las. Así es que lo que yo pronostiqué sucederá: que si no caen en manos de los españoles caerán al agua, pues el capitán las tirará como es lógico; por eso he pedido la dirección suprema. A Azcuy lo vigilan según el mismo dice, y que sabe tratan de prenderlo, y yo también lo creo pues por su modo de ser debe haberse hecho sospechoso y sobre todo por su lengua.

J. de Mata fue a unirse a Paco Maza; se le dieron doce centenes para el viaje, porque decía que en Calabazar lo vigilaban y pensaban prenderlo. Allá no fue a tiempo a recojer las armas, sino se metió en el campo, y aunque el bueno del capitán español salió a caballo en busca suya no lo encontró y cuando supo que lo buscaban entonces fue, pero ya el capitán se había marchado. Vino aquí a dar cuenta, y se le facilitó modo de volver para que se viese con el capitán. Dice que cuando llegó lo detuvieron y lo hicieron salir. Paco Maza se metió según dice en la montaña, con once hombres armados para **esperar**; pero ya están en el Calabazar donde decían que los iban a pren-

⁴ Juan Gualberto Gómez

der. Dice Maza que los once hombres los mandó diez leguas de allí a esperar.

El según me dice Nell estaba con Carlos Socarrás —creo.

Sé positivamente que en estos días se trató de matarme por eso ando con cuatro ojos, y que determinen una cosa u otra.

Se me dice que el Gobierno sabe de quien eran las armas. También me dicen que Rafael Acosta ha desaparecido de su casa, eso me lo ha dicho un amigo suyo —Mola— sobrino de Enrique, y creo se ha embarcado. Si llega allá deben atenderlo, es un gran cubano. Ayer me decía Nell que debíamos levantarnos nosotros buscándonos recursos; le dije que no lo hacía sino conforme a mi proposición. El sabe que de otro modo no puede ser.

Tenemos vigilantes que no me asustan; pero le temo a la deportación.

Dice Nell que el cree que M. no mande el telegrama diciendo que acepta, sino que me mandará el comisionado directamente como lo indicaba yo. Yo lo que creo es que no aceptará mi proposición; el cree que sí.

Si acaso la aceptan acuérdate de la familia para buscarle una casita, y mi recado a Teodoro, porque dado el estado de cosas, si aceptan me parece que no se pasan seis días sin que ya la cosa está andando y serán tantas las cosas que yo tenga en la cabeza que no podré escribir por falta de tiempo.

A Miguel Angel le recomendé que vea a tus hermanas antes de irse, y a tu madre para que te lleve noticias de ellas. También le avisaré a Nell y a Jole, aunque tengo la esperanza de que mañana venga el comisionado con las órdenes y el dinero.

Te advierto que debes, si aceptan la proposición, mandarme una dirección telegráfica a Tampa, el Cayo y New York, de M. por si tengo algo urgente que comunicar. Que la dirección sea nombre inglés; yo entonces firmaré Smith.

Dale un abrazo a M. que debe el pobre estar abrumado, otro a Mayía, y cariñosos recuerdos a tu familia.

Un abrazo de tu affmo.

Gener.³

7 de la mañana. Sábado,

Ayer cité a Miguel Angel para acá temprano ya dispuesto para irse. Sino recibimos el comisionado luego se irá para allá. Yo tengo cita con Nell a las once para él escribir también.

³ Julio Sanguliy.

Conste, querido compañero, que esta es mi última carta pi-diéndoles que acepten mi proposición. Si no la aceptan entonces den por terminado aquí todo. No se que será de nosotros entonces. Espero ansioso pues, la determinación de M.

Affmo. amigo y compañero.

Gener.

Esta es solo para tí y para Martí.

Reservada. —Lunes.-Cerro.-Enero 28.-1895

Muy querido Aguas Verdes: Hace un momento me mandó Nell tu carta desde Tampa, fecha 25 del corriente.

Son las 8 y media de la noche. Aunque ésta no irá al correo hasta el Miércoles 30, empleo a escribirte desde hoy para que no se me quede nada en el tintero de lo que tengo que decirte, que es mucho.

Yo supongo que tú le habrás escrito a Nell también. Veré esa carta mañana. Hace dos días que no salgo de mi casa. Iré mañana solo por ver tu carta y saber algunas noticias. No he salido por esperar el telegrama que al aprobar mi proposición M. debía, mandarme. Yo desesperaba ya de recibirlo pero tu carta me da nuevas esperanzas, puesto que me dices que no has visto a M. y una de las condiciones que yo le ponía sobre mi proposición era que fuese aprobada, no tan solo por él sino por tí y por Mayía, y al aceptarla me pusiese un telegrama en estos términos —Mercedes de Armas— Falgueras 24. —Cerro— Estoy enfermo.— Panchito.

Si al recibirlo yo, no había variado en nada mi proyecto, mejor dicho, mi proposición. le contestaría —Flinted. —Para Armas. —New York. —Que enfermedad tienes. —Mercedes. Para cuyo efecto debía avisar a Panchito de Armas en casa de Flint & Co. 68 Broad St. N. York, que ese telegrama era una contraseña entre M y yo, que se lo mandara enseguida.

Como pudiera suceder que él esté en Tampa cuando tú recibas ésta, y me ponga él desde allí el telegrama convenido, entonces que no se ocupe mucho de mi contestación, pues hoy más que nunca hago buena mi proposición.

Están completamente de acuerdo conmigo Joie y Nell. Creen como yo que es lo único salvador.

La proposición es la siguiente: que se mande **enseguida** la orden para sublevarse firmadas por él, Mayía, como representante apoderado del viejo, y tu. Una en particular para Guillermo, otra particular para Carrillo, otra particular para Camagüey

y otra particular para Massó en Manzanillo, diciéndole a todos que yo les señalaría el día. Además una orden general para que todos los otros Jefes me obedeciesen. Yo respondo que a más tardar **doce días** después estamos aquí peleando, y solo así encontrarían ustedes cuantos recursos necesiten para venir, y también así la atención del Gobierno, que hoy está fija en ustedes, se distraería. También exijo que quince días después de estar nosotros peleando venga el viejo; **quince días a más tardar**.

Si aceptan, entonces pondrán el telegrama a Mercedes, entendiéndose que el viejo ha de estar aquí quince días después de estar nosotros peleando, esa es la llave de todo. Tan pronto yo reciba esas órdenes, mando emisarios a llevar las mías, fijando yo el día, que comunicaré a M., y yo me voy enseguida al campo a preparar las cosas.

Al aceptar mi proposición, que no deben saber más que ustedes tres, me ponen el telegrama, el de Mercedes, y en el **primer vapor** me mandan un comisionado que me traiga las **órdenes** y que me vea en mi casa a mi solo, y ese mismo día que regrese a la una, en el mismo vapor. Con él escribiré y que sea de mucha confianza. Eso que propongo es lo único que salva la situación, si no la aceptan se acaba por mucho tiempo la revolución en Cuba.

La gente está desesperada, quieren una cosa u otra.

Y eso que propongo ha de ser muy pronto resuelto, de lo contrario será tarde. Ya desde que la hice se ha pasado mucho tiempo. Si no aceptan, que me contesten pronto; es necesario; esta situación de espera es insostenible para todos y se pierde el entusiasmo y se separan, y esos serán enemigos.

Gener.

Enero 30/95. —Miércoles.

Ayer creí que me moría con un dolor que me dió en un costado y una jaqueca feroz. —Fancho Zayas, el Dr. vino dos veces. He pasado una noche de perros. He amanecido mejor. Sé que Nell no recibió carta. El sigue mejor. Son las 8 y media de la mañana y a cada momento que entra alguien, me parece que debe ser mandado por M. en el vapor de hoy, si no resuelven mi proposición favorablemente entonces **dénlo todo por terminado**. Ya sabes lo que propongo: que me manden con un comisionado las órdenes para J. M. C. y Camagüey y una orden general para todos los otros Jefes. Que venga todo con un comisionado, derecho a mi casa para despacharlo en el mismo vapor.

Con él escribo y digo el día. A los **doce días** a más tardar de recibir las órdenes y el dinero estamos **luchando**. Quince días después **debe** estar aquí el viejo. Ya ves que tiene 27 días para prepararse.

Debe ser cuanto antes, pues de lo contrario estamos mal. La vigilancia es grande. Yo necesito saberlo cuanto antes para resolver. Si deciden que sea, háblale a J. y a F. que me tomen una casita limpia y bonita para Matilde y que le recuerden sobre todo a Teodoro su compromiso conmigo. Matilde está muy delicada. Dicen Jole y Nell que si ustedes no aceptan es porque son egoistas y perderán la única oportunidad. Matilde y Mercedes te mandan recuerdos como también a tu familia. Dáselos de mi parte. Espero ansioso esa resolución. Muy tuyo.

Gener.

Febrero 2/95.

Mi querido amigo Aguas Verdes: en mi poder su carta la que entregué a Gener, como usted me pedía. La situación ha variado. He estado enfermo y no me he ocupado gran cosa del negocio en esta semana última, por hallarme en cama. Pero urge que ustedes resuelvan la situación. Aquí no se pueden demorar las compras, so pena de ir cada día a un fracaso como el de 16, 6, 40, 23, 6, 24, 2, donde como usted sabrá se 17, 18, 30, 18, 6, 34, 18, 6, 34, 18, 35, 10, 21, 28. 2, 41 cogieron armas.

Es preciso pues, que ustedes nos ayuden a vencer solos las dificultades, para lo cual, y con objeto de aprovechar los trabajos ya hechos, lo importante es mandar las órdenes para que todas las compras sean simultáneas y los demás corresponsales de acuerdo con nosotros, procedan a la operación el mismo día.

Gener nos ha informado de proposiciones; que ha hecho, y con las que estamos aquí todos conformes, puesto que según lo que de ellas sé, se trata de hacer pronto las compras que es lo esencial. Si éste o aquel detalle de esas proposiciones, que desconozco; podría no parecer a ustedes acertado, todo sería cuestión de modificarlo, conservando lo esencial que es la necesidad de hacerlo todo pronto. Si ustedes no encuentran aceptable lo de Gener, hay que decirlo francamente. Si no pueden ayudar a nuestra iniciativa también hay que decirlo para ver lo que hacemos los de la 23, 22, 32, 10 (isla) que tenemos ahora que velar por dos cosas que conviene conciliar, la seguridad 32, 6, 40, 30, 18, 29, 2, 32 (personal) y la salvación de la 17, 2, 42, 30, 2 (causa) cosas ambas que han de peligrar si se 18, 6, 34, 26, 21, 15 (demora) la solución.

De lo suyo en particular las noticias solo son regulares. Entregué a N.º 70 tercios (rifles) y \$14,000 torcidos (tiros).

De esa cantidad 40 tercios con 8.000, están seguros; pero el resto precisamente lo destinado a B. H. no llegó a su destino por falta de quien debía recibirlos que no estuvieron a tiempo en el sitio de recibo. De donde resulta que después de haber pagado yo sesenta pesos de flete y de haber dado más de cien a varios emisarios, por negligencia se ha dejado que los 30 y los 6.000 destinados a B. H. estén todavía paseando por esos mundos y lo que es más grave, en poder de un 19, 22, 38, 10, 17, 30, 13 (español pariente de N. muy bueno y todo lo que se quiera, pero, al cabo, que no está en el negocio).

Ahora me preocupo de esa situación; pero no tengo un real para moverme. Es preciso escribir a Williams 21, 2, 42, 26 (Gato) de mi parte —yo no lo hago porque no tengo clave con él— diciéndole que me mande los \$400 que restaban; pues aparte de que los gastos han superado a lo que calculamos, resulta que por orden de 28, 2, 40, 31, 10 (Martí) que ofreció reponer más tarde, se dispusieron de \$500 de la suma que él me dejó, y este déficit de \$900 no lo puedo soportar. Al proveedor de 15, 21, 34, 10, 22 (armas) solamente debo más de \$300. Procure que aunque sean los \$400 que debe Williams, lleguen pronto a mi poder, pues no tengo ni con qué mandar un recado urgente.

Adiós mi amigo. Crea siempre en mi sincero afecto y ayude allá a su amigo que lo quiere.

Nell.

Si puede comuníquele noticias de ésta a 28, 2, 40, 31, 10 (Martí) pues yo no le escribo hoy por esperar contestación a dos cartas mías.

Las anteriores cartas reflejan bien claramente el estado de los ánimos en La Habana. Todas las comunicaciones que recibíamos de otros puntos de la Isla expresaban del mismo modo la mayor incertidumbre e impaciencia.

Aislados y casi siempre escondidos, Rodríguez y Collazo permanecían en Nueva York, sin saber una palabra de lo que ocurría fuera, pues Martí, aunque cada día se movía más, cada día se mostraba menos comunicativo.

Dispuestos como si fuéramos a salir de un momento a otro, acudíamos, sin resultado, a frecuentes citas que se nos daban, siempre esperando el día de la partida, que no acaba de llegar.

6 Nemesio Azcuy.

Conociendo como conocíamos el estado real de las cosas en Cuba no queríamos precipitar una explicación con Martí, que nervioso y sin un día ni una noche de reposo, veíasele constantemente taciturno y preocupado. Parecíanos increíble que los sucesos no se hubieran precipitado en Cuba. Hasta entonces no se nos había sorprendido una sola correspondencia, y ni una sola indiscreción de nuestros hombres había puesto sobre la pista a la numerosa policía que tanto en la Isla, como en el extranjero, sostenía el Gobierno español.

No teníamos con quien enterarnos de la marcha de la conspiración. Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada nada sabían en realidad; aunque aparentaban que no querían hablar. El resto de la emigración esperaba y confiaba en Martí; Mayía Rodríguez y Collazo, si de algo pecaron, fue de sufridos y prudentes. Sabían lo que buenamente se quería que supieran; nada preguntaban y dejaban pasar el tiempo sufriendo resignados el aislamiento a que los tenía sometidos Martí, que a veces parecía un loco, víctima de un delirio de persecución, que lo hacía ver espías y detectives por todas partes.

Aun no se sentía escasez de dinero. La Revolución tenía cuatro núcleos importantes en el exterior; uno en Nueva York, dirigido personalmente por Martí; otro en Key West con Roloff y Serafín Sánchez; otro en Costa Rica con Maceo y Flor Crombet, y el último en Santo Domingo con el general Gómez. Cada uno de estos centros se comunicaba directamente con Martí.

A fines del mes de diciembre salieron Rodríguez y Collazo de Nueva York con dirección a Jacksonville, recibiendo orden de permanecer ocultos, hospedándose con nombre supuesto en el hotel Duval hasta la llegada de Martí, que debía ser en la mañana del domingo próximo. Allí permanecieron seis días, y en el fijado se presentó Martí, quien les dijo que tenía muy malas noticias que comunicarles.

En efecto, a las once de la mañana llegó al hotel Charles Hernández, enviado por Martí para decirles que todo había fracasado, y que tanto él como los que le rodeaban estaban expuestos a todo género de peligros, que más que nunca se hacía necesaria una gran prudencia y que permanecieran en su habitación hasta la noche que se verían en el hotel Travellers, en que se hospedaba Martí, donde también se hallaban Hernández, Enrique Loynaz y Tomás Collazo.

Ante la noticia de aquel fracaso de algo que, excepto Martí, todos ignoraban, Mayía Rodríguez y Collazo lamentaron amargamente su anterior prudencia; de un modo indirecto, los hacía en parte responsables de lo ocurrido. Nada habían preguntado hasta entonces, pero comprendían que había llegado el momento de las explicaciones. En su consecuencia se dirigieron, acompañados de Hernández, al hotel Travellers. Allí encontraron a Martí presa de una extraordinaria excitación nerviosa. Revolvíase como un loco en el pequeño espacio que

le permitía la estrecha habitación. Su escaso pelo estaba erizado, sus ojos hundidos parecían próximos a llorar.

De sus labios no salían más que estas palabras repetidas con tenaz insistencia: «¡Yo no tengo la culpa!» «¡Yo no tengo la culpa!»

A la vista de Mayía, que entraba en la habitación con el rostro alterado y duro, Martí corrió hacia él y se echó en sus brazos. Aquel dolor tan profundamente retratado en su fisonomía desarmó a los que, momentos antes, querían exigirle explicaciones claras y concretas de su conducta. Todos comprendieron que algo muy grave había ocurrido, y que aquel fracaso, de que se había hablado hacía un instante, era desgraciadamente cierto.

Sin pretender averiguar nada, Mayía y Collazo se limitaron a tranquilizar a Martí, asegurándole su más completa adhesión. No había que perder la esperanza. Por rudo que fuera el golpe sufrido, era preciso seguir adelante y sin desmayar ni decaer un momento. Algo más tranquilo Martí con aquellas muestras de simpatía y respeto que de todos los presentes recibía, declaró que aún cuando todo se había perdido, aún cuando no había un real para continuar los trabajos revolucionarios, no era posible abandonar la empresa acometida con tanta decisión y entusiasmo.

Horacio Rubens, el buen amigo de los cubanos, y Gonzalo de Quesada, que llegaron en aquellos momentos, contribuyeron con su presencia a reanimar los abatidos espíritus. Quesada, en nombre de su señora madre política, ofreció dar todas las confianzas que se necesitasen. Rubens puso a disposición de Martí sus servicios como abogado.

Preocupaba también a Martí lo que el general Máximo Gómez pudiera pensar de lo ocurrido, y demostraba con frases llenas de sentimiento el temor que sentía de que el General se negara a ir a Cuba en circunstancias tan desfavorables.

Tanto Rodríguez como Collazo aseguraron a Martí que Gómez, a quien conocían muy bien, iría a Cuba cualesquiera que fuesen las condiciones en que lo hiciera. Era preciso pensar en buscar pronto remedio al daño sufrido, en vez de abatirse y desconfiar tan pronto del éxito de la empresa.

Todos los presentes hicieron a Martí ardientes protestas de su lealtad y adhesión incondicional.

No había transcurrido una hora desde la llegada de Rubens y Quesada, y el estado de los ánimos había cambiado por completo. Al abatimiento producido por el golpe del fracaso tremendo e inesperado, había sucedido la fe que conforta y la resolución enérgica de seguir luchando hasta conseguir el éxito.

No había dinero, pero Quesada confiaba obtenerlo de las emigraciones de Suramérica. Martí tenía seguridad de conseguirlo en Méjico. Pero para ello se necesitaban tres o cuatro meses, y los hombres de Cuba querían o no podían esperar más tiempo, y por otra

parte era imposible explicarles la verdadera situación del Partido Revolucionario, porque ello traería, como consecuencia inevitable, la ruina total del proyecto.

Por lo pronto lo más preciso era burlar a la policía que olfateaba el rastro de los conspiradores; y más tarde sacar a Manuel Mantilla y a Patricio Corona que estaban a bordo del «Lagonda» cuando fue sorprendido el barco, y a quienes Charles Hernández había escondido preventivamente en casa de un americano amigo suyo.

Entre tanto la policía practicaba registros en algunas casas cubanas, más por fortuna nadie conocía en Jacksonville ni a Martí, ni a sus compañeros, que por otra parte figuraban con nombres supuestos en los libros de los hoteles.

EL PLAN DE FERNANDINA

Pocas veces en la historia de las revoluciones se combinó un plan más vasto ni más secretamente elaborado que el que titulamos Plan de Fernandina.

El momento histórico no podía ser más propicio.

Nunca el Gobierno español había estado más confiado en la debilidad e inercia del pueblo cubano. Los trabajos revolucionarios en el extranjero inspiraban a las autoridades españolas más bien desprecio que temor. Para el gobierno, en el esfuerzo de los tabaqueros de Key West y Tampa, no había otra cosa que un engaño para robarles el producto de su trabajo; Martí no pasaba de ser un farfante o un loco, y Gómez un viejo ambicioso a quien la edad incapacitaba para toda empresa militar.

El despertar hubiera sido terrible si la suerte nos hubiese sido propicia. La Revolución, que fue impelida a paso de carga por el talento militar del general Máximo Gómez, sin el fracaso del Plan de Fernandina, hubiera sido un huracán, un torrente devastador que habría hecho tremolar al pabellón cubano en toda la Isla, antes que España se hubiese dado cuenta de su desgracia.

He aquí el proyecto tal como se conoció después de su fracaso:

Consistía en primer término en invadir la Isla, con pocos días de diferencia, por tres puntos distintos con gente y armamento sobrados para ayudar a los que dentro del territorio debían llevar a cabo el movimiento preparado.

Contando en Oriente con Guillermo Moncada y Bartolomé Masó unidos a las fuerzas de Holguín, desembarcaría en la costa norte de Santiago de Cuba una expedición mandada por Antonio Maceo y Flor Crombet, llevando un nutrido grupo de jefes orientales.

El general Gómez con doscientos o trescientos hombres saldría de Santo Domingo y desembarcaría en Santa Cruz del Sur, en la provincia de Puerto Príncipe; en tanto que Roloff y Serafín Sánchez

debían desembarcar en Las Villas sublevándose Cienfuegos, Jagüey Grande y Matanzas, a las órdenes de José María Aguirre y Julio Sanguily.

Para llevar a cabo este proyecto, Martí se había puesto al habla con mister Borden, de Fernandina, quien por sus condiciones en el comercio era el hombre indicado, puesto que podía transportar armas y municiones en línea propia y en carros fletados hasta su propio embarcadero, en Fernandina sitio aislado, y de muy poca importancia por su escasa población. Además mister Borden, en su calidad de comerciante, podía realizar fletamentos de barcos sin despertar sospechas, como lo hizo.

Habíanse tomado todas las precauciones del caso. Nada hacía sospechar ni temer un fracaso. Los barcos estaban listos, la carga en el muelle y los hombres esperando la primera señal. Todo hacía suponer que el éxito coronaría la empresa.

Para llevar el cargamento a Costa Rica, el general Maceo había designado al coronel Patricio Corona, quien hacía muy pocos días que había llegado a Nueva York.

Roloff y Serafín Sánchez, para la compra de armas y su conducción, habían indicado a Fernando López de Queralta.

El barco que había de ir a Santo Domingo debía llevar a Martí, José María Rodríguez y Enrique Collazo.

Se tenían fletados tres vapores, el «Amadís», el «Lagonda» y el «Baracoa», y atendiendo a las circunstancias del lugar y tiempo, el primero que debía hacerse a la mar era el «Lagonda» y en consecuencia Martí despachó desde el Norte a Manuel Mantilla, mister Mantells, y a Patricio Corona para que, como dueños o fletadores del barco, fueran a tomar su carga a Fernandina.

Entre tanto, Martí se había avistado con López Queralta, comisionado por los que debían salir de Key West.

Los contratos estaban redactados en una forma perfectamente legal. Los barcos saldrían fletados por un mes para recoger trabajadores en cualquiera de las Antillas, y llevarlos al puerto que se les indicara. Una vez los expedicionarios a bordo y el barco en alta mar, el jefe de cada expedición debería entregar mil pesos al capitán a condición de que condujera la expedición a las costas de Cuba, caso de que se negase a aceptar el capitán, se le obligaría por la fuerza.

Explicado este plan a López Queralta, esperó este hasta los últimos momentos para contestar que no lo creía bueno, y que él no emprendía el viaje en tales condiciones. Añadió que tenía un capitán, que conociendo el plan en todos sus pormenores, lo llevaría directamente a Cuba, con tal de que se pagasen cien pesos diarios. Contestóle Martí que lo creía difícil y peligroso, pues se hacía sabedor a un extraño de un secreto que él había guardado tanto; más en vista de las seguridades que le dio Queralta; acalló sus temores

y convino en que al siguiente día celebraría una conferencia con el capitán indicado.

Conducido Martí a una oficina de corredores de buques, a quienes Queralta había enterado del asunto en todos sus detalles, haciéndoles saber la índole y propósito del negocio, así como lo que se proyectaba sobre Cuba, comprendió desde el primer momento que la empresa había fracasado. Uno de los corredores había intervenido en el fletamento del «Lagonda», por parte del comprador. Este dio aviso al dueño del barco, quien a su vez hizo reclamación a Washington. La compañía de seguros hizo otro tanto, llegando así el proyecto a conocimiento del representante de España, que hasta entonces había estado ignorante de todo.

El «Lagonda» estaba ya cargado en Fernandina, cuando recibió la orden de detención y registro. Los que se hallaban a bordo, al ver llegar a los oficiales de Aduana, echaron al agua parte del cargamento entre tanto, el «Amadís» y el «Baracoa», que debían llegar de un momento a otro, considerados como barcos sospechosos, recibieron orden de confiscación, haciendo más completo y terrible el fracaso.

La magnitud de la empresa dejó asombrado al Gobierno español, que hasta entonces había considerado a los cubanos incapaces de nada práctico, e infundió nuevo ánimo a los revolucionarios, que no midieron la importancia del fracaso, sino la grandeza del esfuerzo.

Para la emigración, lo ocurrido en Fernandina, vino a demostrar que las privaciones y sacrificios que se imponían hacía tiempo, empezaban a dar sus resultados, y que la Revolución era un hecho.

Los enemigos de Martí, como Enrique Trujillo y otros entendieron que había llegado el momento de hacer un cambio de frente, y comenzaron a dar sus primeros pasos en sentido revolucionario.

Desde entonces la situación para los jefes de la conspiración fue verdaderamente angustiosa. No había dinero ni forma de conseguirlo en cantidad suficiente para las primeras necesidades. Era preciso esperar, y entre tanto dar conocimiento al general Gómez de lo ocurrido, y levantar nuevos fondos, para lo cual conceptuaba Martí necesario por lo menos tres meses.

Desde el siguiente día se ocupó Rubens de dar los pasos necesarios para salvar el cargamento embargado por las autoridades americanas. Se acordó que salieran de Jacksonville Rubens, Quesada, Martí y Mayía Rodríguez con rumbo a Nueva York, y Collazo, Enrique y Tomás, Loynaz y Charles Hernández con dirección a Tampa.

En aquellos días parecía que todo el edificio revolucionario había venido a tierra. Los recursos estaban agotados y los que pudieran adquirirse en los primeros momentos no bastarían a cubrir los gastos judiciales que ocasionaría levantar el embargo del cargamento depositado y detenido en los almacenes de míster Borden. Era de

temerse que aquel gran fracaso desanimara a las emigraciones e hiciera perder toda esperanza a los comprometidos en la Isla.

Mantilla y Corona salieron ocultamente para el norte; Martí buscó refugio en casa de Quesada. Las dificultades en las comunicaciones con Santo Domingo retardaban el aviso a Gómez, y por consiguiente la contestación de éste.

La policía americana buscaba en Jacksonville el rastro de los comprometidos en la empresa, y la prensa, dando a la publicidad los pocos detalles que conocía, abultaba las cosas, empeorando la situación.

La sorpresa producida en Cuba, por las noticias que se recibían de Fernandina, produjo un resultado favorable. Se creyó a los revolucionarios más fuertes de lo que realmente eran, y, sobre todo, más ricos; lo que en vez de abatir el espíritu de los simpatizadores lo exaltó más aún.

En Oriente continuaron en su actitud pasiva y resuelta. En Camagüey, reacios siempre, se excusaban con la falta de armas y municiones. Los de Matanzas y Jagüey Grande, por lo contrario, con impaciencia de noveles revolucionarios, declaraban en todas sus comunicaciones que no podían esperar más tiempo, y que temían ser presos de un momento a otro. En los últimos días de enero se recibieron cartas de Juan Gualberto Gómez en las que manifestaba que no obstante sus esfuerzos no le era posible contener a los impacientes que se disponían a celebrar una junta que le constaba no tenía otro objeto que acordar sublevarse en el mes de febrero, aunque nadie los secundase.

Julio Sanguily enviaba carta sobre carta, encareciendo lo difícil de la situación, y exigiendo la orden de sublevarse, pues de lo contrario lo haría él solo, y hasta fijaba la forma en que deberían ir extendidas las órdenes y por quien habrían de ser firmadas.

Los trabajos antirrevolucionarios de los liberales de Cuba se hacían cada día más activos llegando casi hasta distimuladas delaciones contra los más comprometidos, difamándolos en la mejor forma que les era posible, a fin de quitar fuerza al movimiento que veían cercano. Solicitaban el apoyo de revolucionarios caracterizados, tales como Marcos García y Manuel Sanguily, para desviar la opinión pública, en tanto que el Gobierno procuraba atraerse a algunos de los que suponía complicados, por medio de ofertas y dádivas.

Collazo, que se hallaba en Tampa, fue llamado por Martí desde Nueva York a donde llegó el 30 de enero, y aquella misma noche, unidos ambos a Mayía Rodríguez en casa de Gonzalo de Quesada, expuso Martí la situación de Cuba y de la conspiración en los términos más claros y precisos.

Las correspondencias de la Isla ponían de manifiesto que los esfuerzos de Juan Gualberto Gómez para contener a los impacientes de Matanzas eran ya infructuosos, declarándose incapaz para imponer

sú voluntad. Julio Sanguily exigía un levantamiento inmediato, y las cartas de Costa Rica expresaban una impaciencia muy marcada. Se carecía de recursos para emprender algo serio; y mucho menos para lanzar a los comprometidos a un prematuro movimiento, sin poderlos auxiliar con la necesaria rapidez y sin conocer el criterio del general Gómez. Por otra parte, si se iniciaba el movimiento en la provincia de Matanzas sin que fuese secundado por el resto de la Isla, vendría, como inevitable consecuencia, el fracaso total de la Revolución, anulando las energías del país para muchos años.

Como se ve, el estado de las cosas exigía que aquella misma noche se adoptase una resolución, por grave y trascendental que fuese.

Casi a la madrugada, puestos de acuerdo los cuatro conferenciantes se resolvió dar la orden y el aviso en toda la Isla para el movimiento, dejando a Juan G. Gómez y a Sanguily que fijaran, de acuerdo con la gente de Matanzas, el día definitivo del alzamiento, debiendo señalar la fecha a todos los comprometidos, al mismo tiempo que se hicieran circular las órdenes, comunicándolo a Martí para que desde Nueva York se pasara aviso a Santo Domingo.

La fecha no debería ser anterior a la segunda quincena de febrero.

En su consecuencia Martí y Collazo redactaron las correspondientes órdenes que fueron dirigidas una a Guillermo Moncada, en Santiago de Cuba, otra al Marqués de Santa Lucía, en Puerto Príncipe, otra a Francisco Carrillo, en Remedios y otra a Juan G. Gómez, para que la comunicara a Sanguily y a Aguirre.

He aquí una de las copias de la referida orden:

Al C. Juan Gualberto Gómez y en él a todos los grupos de Occidente.

En vista de la situación propicia y ordenada de los elementos Revolucionarios de Cuba, de la demanda perentoria de algunos y el aviso reiterado de peligros de la mayoría de ellos y de las medidas tomadas por el exterior para su concurrencia inmediata y ayuda suficiente, y luego de pensar los detalles todos de la situación, a fin de no provocar por una parte con esperanzas engañosas o ánimo débil una rebelión que después fuera abandonada o mal servida, ni contribuir por la otra con resoluciones tardías a la explosión desordenada de la rebelión inevitable, los que suscriben, en representación el uno del Partido Revolucionario Cubano, y el otro con autoridad y poder expresos del General Máximo Gómez, para acordar y comunicar en su nombre desde New York, todas las medidas necesarias de cuyo poder y autoridad da fe el comandante Enrique Collazo, que también suscribe; acuerdan comunicar a usted las resoluciones siguientes:

I. Se autoriza el alzamiento simultáneo o con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del Exterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena y no antes, del mes de Febrero.

II. Se considera peligroso, y de ningún modo recomendable, todo alzamiento en Occidente que no se efectúe a la vez que los de Oriente, y con los mayores acuerdos posibles en Camagüey y Las Villas.

III. Se asegura el concurso inmediato de los valiosos recursos ya adquiridos y la ayuda continua e incansable del exterior, de que los firmantes son actores o testigos, y de que con su honor dan fe, en la certidumbre de que la emigración entusiasta y compacta, tiene hoy la voluntad y capacidad de contribuir a que la guerra sea activa y breve.

Actuando desde este instante en acuerdo con estas resoluciones, tomadas en virtud de las demandas expresas y urgentes de la Isla, del conocimiento de las condiciones revolucionarias de dentro y fuera del país y de la determinación de no consentir engaño o ilusión en medidas a que ha de presidir la más desinteresada vigilancia por las vidas de nuestros compatriotas y la oportunidad de sus sacrificios; firmamos reunidos estas resoluciones en New York en 29 de Enero de 1895.

En nombre del general Gómez

El Delegado del P. R. C.

José María Rodríguez

José Martí

Enrique Collazo

Al siguiente día deberían embarcar a bordo del vapor «Atlas» con rumbo a Cayo Haitiano, Martí, Rodríguez y Collazo. Gonzalo de Quesada se dirigía a Tampa y Key West donde recogería dos mil pesos que por cable debía girar al doctor Dellundé en Cabo Haitiano. Eran los únicos recursos con que se contaba para comenzar los trabajos en Santo Domingo.

La salida de Martí de los Estados Unidos dejaba huérfano de representación en aquel país al Partido Revolucionario, si bien él entendía que todos los emigrados aceptarían a Quesada como su sustituto y representante.

Y no se equivocó. La emigración de Florida no le preguntó a su llegada con qué derecho se dirigía a ella; lejos de eso, abrió su bolsa, lo recibió como buen mensajero, y Martí y sus compañeros encontraron en Cabo Haitiano el dinero que se les había ofrecido.

El día seis de febrero llegaron a Santo Domingo embarcándose inmediatamente en una lancha que los llevó a Montecristi, donde en-

contraron al general Máximo Gómez. El viejo general había sufrido durante este período, con la incertidumbre, las mayores torturas. Hallábase resuelto a marchar a Cuba aunque fuese en un bote. Conservaba íntegro el dinero que en distintas partidas le había enviado Martí desde Nueva York, lo que se agregó a los dos mil pesos que se habían recibido de la Florida.

Gómez aprobó en todas sus partes la determinación tomada el 30 de enero, y dióse principio desde este momento a los trabajos necesarios para salir en momento oportuno, es decir, tan pronto como se recibiera de Nueva York la noticia de la fecha fijada por los de Cuba para la sublevación.

Pocos días después salió Mayía Rodríguez para la capital con órdenes especiales del general Gómez, al mismo tiempo que llegaban a Montecristi los generales Francisco Borrero y Ángel Guerra.

A mediados de febrero se recibió la ansiada noticia de que el día fijado para el levantamiento era el 24 del mismo mes, que todas las órdenes se habían entregado y que se había recibido en Nueva York un cablegrama de Juan G. Gómez que decía: «Giros aceptados», lo que significaba que todo estaba dispuesto.

El conductor de las órdenes a Bartolomé Masó y Guillermo Moncada había sido Manuel de la Cruz, a quien se las había enviado Gonzalo de Quesada desde Key West.

El general Gómez envió a Pablo Borrero a Santiago de Cuba con pliegos en que ratificaba la orden y la fecha para el levantamiento. Pablo Borrero fue preso por las autoridades españolas a su llegada a la Isla.

El día 25 regresó a Montecristi Mayía Rodríguez con la noticia de que el día antes había estallado en Cuba la Revolución.

La embarcación estaba comprada. Era una pequeña goleta de poco calado, conducida por un negro de las islas Turcas. Habíanse conseguido un corto número de armas y algunas municiones, parte en Santo Domingo y parte en Cabo Haitiano a donde había vuelto Martí por tierra desde Montecristi.

Proponíase el general Gómez marchar inmediatamente a Cuba acompañado de Borrero, Rodríguez, Guerra y Collazo, con ocho o diez hombres más, en tanto que Martí con M. Mantilla regresaría a los Estados Unidos a agitar la opinión entre los emigrados, organizando una gran expedición que podría llevar él mismo más tarde.

Oponíase Martí a este plan, a quien su amor propio inspiraba la idea de acompañar a Gómez y desembarcar con él en las costas de Cuba.

La llegada de Mayía Rodríguez y las noticias que llevaba de la capital de Santo Domingo, vinieron a reforzar las razones del general Gómez y a quebrantar la tenaz oposición de Martí. En su consecuencia, se celebró una junta en la que se resolvió la salida de Martí para los Estados Unidos.

Desgraciadamente aquel mismo día se recibieron noticias de Nueva York. El *Herald* de aquella ciudad publicaba un telegrama de la Florida, firmado por Fernando Figueredo, en que se aseguraba que Gómez, Martí y Collazo irían inmediatamente a Cuba. Ése telegrama echó por tierra el plan de Gómez y desde ese momento fue imposible detener a Martí.

El general dio orden a Mayía Rodríguez para que se dirigiera enseguida a la capital con el fin de preparar la salida. Collazo acompañado de M. Mantilla saldría para Nueva York; el primero marcharía más tarde a Cuba y desembarcaría en Vuelta-Abajo, y el segundo, puesto a las órdenes de Roloff y Serafín Sánchez, llevaría a éstos a la Isla.

Embarcáronse en el vapor «Clyde», que los dejó en el puerto de Nueva York el día 27 de marzo de 1895.

En ausencia de Martí quedaba falto de dirección el Partido Revolucionario Cubano, pues el único miembro electo era Benjamín Guerra, quien ni por su carácter ni por su inteligencia podía reemplazar al Maestro. Por otra parte Gonzalo de Quesada, aunque era casi el designado por Martí, encontraba la tenaz oposición del Tesorero, que lo conceptuaba, recurso torpe, demasiado joven para un puesto de tanta responsabilidad.

Mantilla fue despachado inmediatamente por Guerra para Key West a cumplimentar la orden recibida en Montecristi. Collazo, a su vez, marchó a Tampa llevando el nombramiento oportuno y la orden precisa de sublevar Vuelta-Abajo.

He aquí esa orden:

Monte Cristi 10 de Marzo de 1895.

Sr. Comandante Enrique Collazo.

Comandante:

Como a raíz de la ligera y reparable interrupción de los móviles y preparados auxilios para la Revolución de Cuba, ha surgido ya el levantamiento prevenido, muy urgente es y necesario, volar, como se pueda el modo mejor en auxilio de nuestros compañeros ya en armas en los campos de la Patria. Y siendo V. uno de los jefes prominentes designados para dirigir y ordenar el movimiento en la parte Occidental de la Isla, y aquí en desempeño de comisión especial, de parte de los conjurados se encuentra V. fuera; se hace preciso que a la mayor brevedad posible y lo mejor armado que se pueda conforme a los Recursos que la Tesorería del Partido ha de poner inmediatamente a su disposición, marche V. a ponerse de acuerdo con los jefes sublevados y con el carácter de jefe de operaciones en cualquiera zona de las comarcas Occidentales.

Las dotes militares justificados en su hoja de servicios prestados en la guerra de los diez años, su discreción y prudencia, y sobre todo su patriotismo y valor probados, hacen esperar a esta Jefatura con fundamento, que mientras no lo sea a V. posible ponerse al frente, o en comunicación directa con ella, allá, en los mismos campos de la lucha, hará V. la guerra, fuerte y enérgica según las fuerzas de que pueda disponer y organizar, pero guerra humana con los vencidos, y respetuosa y salvadora a la vez para con todas las entidades leales, o que puedan serlo e intereses radicados en la Isla cruelmente lastimados por el poder opresor de la Colonia.

Esta línea de conducta militar y política, que sé que está muy mal al alcance de su propio criterio y en armonía con nuestras altas miras revolucionarias, para el éxito del momento y la ventura futura de Cuba independiente, cuidese muy mucho de inculcarlas en la mente de todos sus subordinados; haciendo de todo ello base inquebrantable de orden y disciplina, sin la cual la victoria sería dudosa, perdidos, nuestros esfuerzos y sin gloria alcanzada para nuestra reputación y nombre.

Es tan limitado el tiempo de que podemos disponer, para acudir presurosos al reclamo que de todas partes de la Isla se nos hace, nos es por tanto, tan sumamente preciso obrar con tanta actividad, que es por lo que concluyo aquí mis instrucciones, seguro además que su inteligencia y propia iniciativa, suplirán todo lo que a mí en estos instantes supremos no me es dado prevenir.

Con Patria y Libertad.

Gral. Jefe. —Máximo Gómez.

La noticia del alzamiento había producido en el extranjero un entusiasmo loco; los pobres tabaqueros, los que habían tenido fe en Martí y en los destinos de la patria, estaban orgullosos porque no habían depositado mal su confianza. Sus esperanzas de triunfo se aumentaban cada día, pareciéndoles pocos los sacrificios hechos hasta entonces.

Las listas de expedicionarios aumentaban diariamente, y la precipitación por llegar al teatro de la guerra era general; jóvenes y viejos se encontraban aptos para la lucha.

La mujer cubana figuraba a la cabeza de aquel movimiento de entusiasmo. La madre veía marchar con orgullo a sus hijos a cumplir con su deber; la esposa al marido, la hermana al hermano, y la novia al elegido de su alma; mientras ellas con la miseria como porvenir y la soledad como única esperanza, se esforzaban en trabajar cada una en su esfera, para llevar su óbolo a la obra común.

De la Isla empezaban a salir los incrédulos; unos por temor, otros por vergüenza, algunos por patriotismo, pero aún les quedaba la duda; ¿moriría en germen como los anteriores aquel nuevo intento? Los jefes principales, Gómez, Martí y Maceo, aún estaban fuera. ¿Llegarían a tiempo para dar vida al movimiento? ¿Podrían vencer los obstáculos que a su paso oponía el Gobierno de España con actividad extraordinaria y con decisión sin ejemplo?

La duda abatía el espíritu de los débiles, multitud de rumores circulaba a diario según el optimismo o pesimismo del noticiero; noticias contradictorias publicaban a diario los periódicos y los hechos más absurdos se comentaban, de mil maneras distintas.

En España el alzamiento produjo un movimiento, primero de sorpresa, luego de indignación inmensa. El entusiasmo para concluir en breve tiempo la guerra se despertó violento, y gran número de hombres y dinero surgieron de momento avivados por Cánovas, que se veía secundado admirablemente por el entusiasmo popular.

Acabar pronto, antes que tomara cuerpo la Revolución, era su programa; circunscribirla a Oriente era su objetivo; y ganar tiempo antes que Gómez y Maceo pudieran desembarcar en Cuba.

Cuarenta barcos para la custodia de las costas fueron comprados con rapidez y a cualquier precio.

Su mejor general, Martínez Campos, fue mandado a Cuba y el general Azcárraga, ministro de la Guerra, haciendo prodigios de organización, alistaba 100 000 hombres que llegaban al teatro de la guerra con pasmosa celeridad.

En el extranjero semejantes prodigios no disminuían el entusiasmo cubano, la fe era inmensa, pero en Cuba la mayoría le parecía imposible la victoria, y que la Revolución no muriera aplastada ante aquel enorme alarde de soldados y recursos de guerra.

Los cubanos esperaban con ansia la llegada de Gómez, Martí y Maceo con los cuales creían asegurado el éxito.

Maceo y Flor Crombet pugnaban por salir de Costa Rica; Gómez y Martí luchaban en vano con los obstáculos que presentaba su salida de Santo Domingo, y Roloff y Serafín Sánchez estaban aún detenidos en Key West.

El Gobierno americano empezó a guardar desde los primeros momentos la más estricta neutralidad, y los inconvenientes para salir expediciones de los Estados Unidos eran costosos y difíciles de vencer.